

al tejado, aspiró, con ademán de profundo alivio, la bocanada de aire caliente que entraba. Había cogido su dibujo, la cabeza de Cristina, y se absorbió largo rato en su contemplación.

II

Dieron las doce. Hacía una hora que Claudio trabajaba en su cuadro, cuando llamó á la puerta una mano familiar. Con movimiento instintivo, que no pudo dominar, el pintor escondió en una cartera la cabeza de Cristina, en vista de la cual retocaba su gran figura de mujer. Luego, se decidió á abrir.

—¿Pedro?—exclamó...—¿Ya estás aquí?

Pedro Sandoz, su amigo de infancia, era un muchacho de veintidós años, muy moreno, de cabeza redonda y voluntariosa, ancha nariz, tierna la mirada, rostro enérgico, encuadrado en una barba naciente.

—Almorcé temprano—dijo—y he querido dedicarte un buen rato... Pues señor... ¡esto marcha!

Se había plantado delante de la obra, y añadió á seguida:

—¡Calle! has modificado el tipo de la mujer.

Reinó profundo silencio; ambos contemplaban el cuadro inmóviles. Tenía la tela unos cinco metros de largo por tres de alto, y estaba enteramente cubierta, de modo que sólo algunos frag-

mentos resaltaban sobre el esbozo. El cual, pintado de un solo golpe, era notable por su soberbio empuje y por la ardiente vivacidad de sus colores. En un claro de bosque, de espeso follaje, se filtraba una ancha ráfaga de sol; á la izquierda se hundía en la sombra una larga avenida, con un pequeño toque de luz en lontananza. Sobre la yerba, tendida entre la floresta de junio, se veía desnuda una mujer, pasando un brazo por encima de la cabeza, hinchada la garganta, sonriente, cerrados los párpados, bañándose en aquella lluvia de oro. En el fondo otras dos mujeres, una morena, otra rubia, igualmente desnudas, retozaban y reían, y hacían resaltar sobre el verde follaje dos preciosas notas de color de carne. Y como necesitase en primer término una contraposición de sombras, el pintor había vencido la dificultad de un modo muy sencillo; colocando allí sentado un fulano, vestido buenamente con un chaquetón de terciopelo. Estaba vuelto de espaldas, y no se veía de él más que la mano izquierda, apoyándose en la yerba.

—¡La mujer está muy bien apuntada!—dijo al fin Sandoz...—¿Pero sabes que te va á dar mucho qué hacer todo eso?

Claudio, chispeándole los ojos fijos en el cuadro, mostró con un gesto su confianza.

—¡Bah! ¡De aquí á la época de la Exposición!... tengo tiempo. ¡En seis meses mucho se hace! Quizá esta vez me probaré á mí mismo que no soy un bruto.

Y púsose á silbar fuertemente, embelesado sin decirlo con el esbozo que había hecho de la cabeza de Cristina, y exaltado por uno de aquellos aletazos de esperanza para recaer luego en las torturas del artista devorado por la pasión de la naturaleza.

—¡Vaya, no perdamos tiempo! Ya que estás aquí, empecemos.

Sandoz por amistad y para ahorrarle los gastos del modelo, se había ofrecido á servirle de tal para el hombre del chaquetón. En cuatro ó cinco domingos, único día que Sandoz tenía libre, podría encajarse la figura. Ya se metía la gran chaqueta de terciopelo, cuando súbitamente se le ocurrió:

—Dime, por lo visto, no has almorzado, pues estabas trabajando. Sal á comer una chuleta; yo te aguardo aquí.

La idea de perder tiempo indignó á Claudio.

—¡Pero si almorcé ya!... mira la cazuela. Y ahí tienes un mendrugo de pan... Voy á comérmelo... ¡Vaya, á tomar tu postura, perezoso!

Cogió la paleta y empuñó los pinceles con viveza, añadiendo:

—Dubuche vendrá á buscarnos esta tarde, ¿verdad?

—Sí, á las cinco.

—Perfectamente; iremos á comer luego. ¿Estás? La mano más á la izquierda; la cabeza más inclinada.

Después de colocar las almohadas, Sandoz se había instalado en el sofá, en la postura requerida. Estaba vuelto de espaldas; mas no por eso calló, al menos por un rato, porque aquella misma mañana había recibido una carta de Plassans, el pueblecillo de Provenza en que se habían conocido, en la escuela de primera enseñanza, muy niños todavía. Luego, callaron ambos y volvió á reinar largo silencio. El uno trabajaba, abstraído por completo, el otro se adormecía al peso de la fatiga soñolienta de la prolongada inmovilidad.

Contaba Claudio nueve años cuando tuvo la envidiable suerte de poder salir de París para regresar al rincón de Provenza, donde había na-

cido. Su madre, brava mujer, una lavandera, á quien abandonó vergonzosamente el holgazán de su padre, acababa de casarse con un buen obrero, enamorado locamente de su precioso cutis de rubia. Pero, á pesar de su buen ánimo, no lograban salir de su miseria. Por lo cual, aceptaron de buena gana el ofrecimiento de un buen señor de su tierra, que quería llevarse al niño y meterle en un colegio bajo su protección: corazonada generosa de un original, aficionado á pinturas, á quien habían chocado algunos muñecos garrapateados por el chicuelo. De aquí que hasta entrar en la clase de retórica, Claudio había vivido en Provenza, de interno primero, y luego de externo en casa de su protector. Cuando una mañana se halló al tal, muerto de repente. Dejaba en su testamento una renta de mil francos al muchacho, con la facultad de disponer de su capital á la edad de veinticinco años. Este, exaltado por su pasión por la pintura, dejó inmediatamente el colegio sin intentar siquiera tomar el grado de bachiller, y se fué á París, donde le había precedido Sandoz.

En el colegio de Plassans, desde las primeras letras, se hallaron los tres inseparables, como los llamaban. Claudio Santier, Pedro Sandoz y Luis Dubuche. Salidos de tres mundos diferentes, y de temperamento opuesto, sin otro lazo de unión que su edad, pues habían nacido el mismo año, con sólo unos meses de diferencia, se habían unido de golpe y para siempre, movidos por secretas afinidades, el vago tormento de una ambición común, el despertar de su inteligencia superior, en medio de la brutal pandilla de miserables y malos alumnos que les daban de cachetes. El padre de Sandoz, español emigrado en Francia, de resultas de un pronunciamiento, había establecido en Plassans una fábrica de papel, movida

por nuevas máquinas de su invención, y muerto luego, henchido de amargura, acosado por la ruindad de pueblo del vecindario, dejando á su viuda en penosa situación, y envuelta en pleitos tan embrollados que se habían tragado toda su fortuna en el desastre; y la madre, una borgoñona, movida de su rencor á los provenzales, víctima de una parálisis lenta que también atribuía á ellos, se refugió en París con su hijo que la mantenía con su miserable empleo, llena la cabeza de ambición de gloria literaria. En cuanto á Dubuche, nacido en el mismo Plassans, de una familia de panaderos, empujado por su madre, de muy áspera condición, y muy ambiciosa, se reunió con sus amigos mucho más tarde y seguía la carrera de arquitecto en la Escuela, viviendo pobremente de la escasa pensión que le anticipaban sus padres con la obstinación de judíos que descuentan sobre el porvenir á un ciento por ciento.

—¡Demonio!—murmuró Sandoz, rompiendo de pronto el silencio;—¿sabes que no es muy cómoda esta postura? Me está fatigando la muñeca. ¿Puedo moverme?

Claudio dejó que se desperezara sin contestarle. Estaba dándole al chaquetón con grandes brochazos. Luego, echándose atrás y entornando los ojos, se echó á reír con grandes carcajadas, alegrado por súbito recuerdo.

—Dime, ¿te acuerdas cuando íbamos á sexto año, del día en que Pouillaud encendió unas candelillas en el armario de aquel idiota de Salubie? ¡Qué espanto le dió á Salubie, antes de subirse á la cátedra, cuando al abrir el armario para coger los libros, se encontró con aquella especie de capilla ardiente. ¡Quinientos versos á toda la clase!

Sandoz, arrebatado por aquel acceso de alegría,

se había tendido sobre el diván. Volvió á recobrar su postura, mientras decía:

—¡Qué animal, el buen Pouillaud!... ¿Sabes que en su carta de hoy me anuncia cabalmente el casamiento de Salubie? El muy bestia se casa con una niña muy bonita... ¡Pero tú debes conocerla! la hija de Galissard el mercero, la rubita á quien dábamos serenatas.

Suelta la brida á los recuerdos, no se agotó ya la verbosidad de Claudio y Sandoz; el uno agujoneado y pintando con creciente fiebre, el otro, de cara á la pared, y hablando vuelto de espaldas, sacudiendo los hombros, con la pasión de reirse.

Hablóse primero del colegio, antiguo convento húmedo y musgoso que se extendía hasta las murallas; de los dos patios con enormes plátanos; del estanque lleno de limo, verde de musgo, donde habían aprendido á nadar; de las clases del entresuelo, cuyas paredes chorreaban; del refectorio queapestaba á jabón con las aguas sucias de las palanganas; del dormitorio de los más pequeños, famoso por sus horrores; del cuarto de la ropa blanca; de la enfermería poblada de monjas con su blanca cofia, delicadas, vestidas de negro, tan amables y tiernas. ¡Qué caso, el de sor Angela, la que con su rostro de virgen revolucionaba el patio de los mayores, cuando escapó á lo mejor con Hermeline, un sobresaliente de retórica, quien, por amor, se cortaba los dedos con una navaja para subir á la enfermería á que la hermana le aplicase parches de tafetán inglés!

Luego desfiló todo el personal; cabalgata triste, grotesca y terrible, de cabezas de pipa y perfiles de maldad y sufrimiento. El provisor que se arruinaba dando reuniones para casar á sus hijas, dos elegantes y bellas señoronas, expuestas á la ver-

güenza pública con abominables inscripciones y dibujos sobre todas las paredes; el censor, Pifard, cuya famosa nariz se ponía en acecho detrás de todas las puertas, parecido á una culebrina que descubría de lejos su presencia; la retahila de los profesores, manchorreteado cada uno con injurioso apodo: el severo Radamante que no se había reído nunca; el señor Mugre que dejaba un emplasto grasiento y negro en la silla con el continuo roce de la cabeza; Me-has-engañado-Adela, cornudo legendario, á cuyas barbas repetían el nombre de su mujer, tres generaciones de pilluelos, ¡de su mujer sorprendida en tiempos, decían, con un carabinero! y otros y otros: Spontini, el feroz ayudante, armado de su cuchillo corso que enseñaba enmohecido con sangre de tres primos suyos; el buen Chantecaille, tan bonachón, que les dejaba fumar yendo de paseo, y hasta el marmitón de la cocina y la que lavaba los platos, dos monstruos bautizados con los apodos de Paraboulomenos y Paraleluca, á quienes se acusaba de ciertos idilios entre la basura.

Tras esto venía el recuerdo de los bromazos, las súbitas evocaciones de las travesuras, que luego desternillaban de risa años enteros. ¡La mañana aquella que habían quemado en la gran sartén los zapatos de Mimi-la-Mort, por otro nombre el Esqueleto-externo, un muchacho flaco que les llevaba de contrabando tabaco en polvo para toda la clase! ¡Y aquella tarde de invierno que fueron á robar fósforos á la capilla, junto á la lámpara, para fumarse unas hojas secas de castaño en unas pipas de caña! Sandoz, el héroe de la travesura, confesaba ahora su terror y su sangre fría, cuando se deslizaba por el coro, sumido en tinieblas. ¡Y el día que Claudio tuvo la singular ocurrencia de achicharrar unos saltones en su pupitre para cerciorarse de si eran buenos

para comer como aseguraban! Tan acre mal olor y tan espeso humo salían del pupitre, que el ayudante fué por agua temeroso de un incendio. ¡Y el pillaje de ajos yendo de paseo! ¡Y el arrojar piedras á los cristales! El toque estaba en que las líneas de la rotura recordasen las de los mapas conocidos de la clase de geografía. ¡Y las lecciones de griego escritas en letras descomunales en la pizarra, y leídas de coro por los pigres sin que el profesor lo advirtiera! ¡Y los bancos del patio aserrados y llevados junto al estanque como los cadáveres de un día de motín, con largo séquito y fúnebres cantos! Ah, sí; aquello fué famoso. Dubuche, que hacía de cura, se había zambullido en el estanque, queriendo sacar agua en su gorra, convertida en calderilla de agua bendita. Pero lo más gracioso, lo mejor, fué la ocurrencia de Pouillaud que ató todas las bacinillas del dormitorio con una cuerda que pasaba por debajo de las camas, y á la mañana siguiente, día de fiesta, se puso á correr huyendo por el corredor y la escalera con aquella estruendosa cola de loza que rebotaba y volaba hecha trizas detrás de él.

Claudio permaneció un rato con el pincel suspendido en el aire, con la boca abierta, riendo:

—¡Qué animal!... ¿Y te ha escrito Pouillaud? ¿Y qué fabrica ahora?

—Nada, chico—respondió Sandoz, incorporándose sobre las almohadas...—No he visto carta más tonta. Está acabando la carrera de leyes, y luego se pondrá al frente del despacho de procurador de su padre. ¡Y si vieras qué tono se da! habla con toda la imbécil gravedad de un buen burgués que adquiere una posición.

Nuevo silencio. Luego añadió:

—Nosotros, sabes, nosotros hemos sido protegidos contra esa mala influencia.

30833

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MEXICO, D.F. 1953

Y aquí les asaltaron otros recuerdos que hacían palpitar fuertemente el corazón; las magníficas jornadas que pasaron fuera del colegio al aire libre y al sol por aquellos andurriales. Muy niños todavía, los tres inseparables se apasionaron por las largas excursiones. Aprovechando la menor licencia, se largaban leguas enteras, más enardecidos cuanto más crecían, y acabando por recorrer el país entero viajando á veces muchos días seguidos. Dormían donde podían, á la buena de Dios, en algún hueco entre las rocas, en las enladrilladas eras abrasando todavía, sobre el trigo trillado que les servía de blando colchón, en alguna cabaña desierta cuyos agujeros tapiaban con tomillo y espliego. Eran para ellos aquellos ejercicios como una fuga lejos del mundo, absorción instintiva en el seno de la naturaleza, adoración inconsciente de niños á los árboles, las aguas, las montañas, júbilo sin límites de sentirse solos, de ser libres.

Dubuche, que era interno, sólo se reunía con ellos los días de salida ó durante las largas vacaciones. Tenía además las piernas pesadas, la modorra del pobre colegial. Pero Claudio y Sandoz no se cansaban nunca; á las cuatro de la madrugada todos los domingos, el uno despertaba al otro apedreando las persianas. Sobre todo en verano, no hacían más que soñar en el Viorne, torrente cuyo escaso caudal riega las bajas praderas de Plassans. Cuando apenas contaban doce años, ya sabían nadar, y deliraban por zambullirse en los hondos remansos y pasarse días enteros desnudos, secándose tendidos en la abrasada arena para sumergirse de nuevo, ó viviendo junto á la orilla, ya boca arriba, ya boca abajo, rebuscando entre las hierbas de los ribazos, metiéndose en el agua hasta las orejas, acechando horas y horas los escondrijos de las anguilas. Esos cha-

puzones en el agua pura templaban su cuerpo al sol, prolongaban su niñez, refrescaban su risa de pilluelos escapados, cuando ya más formalitos regresaban al pueblo con el ardor que perturba de las tardes de Julio. Luego, andando el tiempo, se apasionaron con ansia febril por la caza, tal como se practica en aquel país en que no abunda: excursiones verdaderamente espantables de seis leguas para matar media docena de papahigos; y con frecuencia volvían con el zurrón vacío ó con algún murciélago muerto á escopetadas á la entrada del pueblo sólo por descargar las armas. Lloraban ambos de risa recordando aquellas calaveradas de andarines: de nuevo se representaba en su imaginación la blanca carretera cubierta de una capa de polvo, como después de una nevada; seguíanla andando sin parar, anda, anda, gozosos de sentir cómo les crugían los zapatos; luego se metían á campo traviesa por algunos terrenos rojizos, ferruginosos, siempre adelante, adelante, y en esto, un cielo plumizo, ni una sombra, nada, sólo algunos desmedrados olivares ó algunos almendros de tierno follaje. En cada recodo del camino, hallaban la deliciosa impresión de la atonía que produce la fatiga, la farfantonada triunfante de haber llegado más arriba que la otra vez, el gustazo de no sentirse andar, y avanzar sólo á impulsos de la fuerza adquirida, llevados en alas de alguna canción popular que los mecía como salida del fondo de un sueño.

Ya por entonces, Claudio llevaba con su caja de cápsulas y su botijo de pólvora, un álbum en el que tomaba croquis de algún fragmento de paisaje, mientras á Sandoz no le faltaba nunca en la faltriquera algún libro de versos. Frenesí romántico, aladas estrofas que alternaban con las coplas obscenas de cuartel, odas lanzadas al aire vibrante y luminoso que abrasaba. Cuando des-

cubrían alguna fuentecilla, cuatro sauces manchando con su sombra la tierra refulgente, allí se quedaban á lo mejor embebecidos hasta que despuntaban las estrellas y entretenidos en recitar los dramas que sabían de memoria: con campanudo acento cuando hablaban los héroes, con delicada y tenue vocecilla de falsete cuando hablaban las reinas y las damas jóvenes. Entonces dejaban tranquilos á los gorriones. En aquella provincia lejana, en medio del torpe marasmo de los pueblos cortos, así vivieron desde los catorce años, aislados, entusiastas, removidos por la fiebre del arte y la literatura. Las colosales decoraciones de Hugo, las gigantescas imágenes paseándose por entre la eterna batalla de las antítesis, los arrebataron antes que todo á la región de la epopeya, gesticulando, contemplando cómo se ponía el sol detrás de algunas ruinas, viendo pasar la vida á la magnífica y falsa luz de una apoteosis de teatro. Luego vino Musset á removerlos con sus pasiones y sus lágrimas; sentían palpar en él su propio corazón y se abría á sus ojos un mundo más humano que se enseñoreaba de su ánimo por la compasión, y el eterno clamor de la miseria que, desde aquel punto, sentirían exhalar en todas partes y del fondo de todo. Por lo demás, no eran muy exigentes; eran glotones como jóvenes, sentían hambre de lectura y se tragaban lo mejor y lo peor sin distinción; tan ávidos de admirar, que con frecuencia libros execrables exaltaban su entusiasmo como las más puras obras maestras.

Pero esa pasión por las caminatas y esa hambre canina de lectura eran precisamente, como ahora decía Sandoz, lo que los había salvado del invencible embrutecimiento que los rodeaba. Jamás ponían los pies en un café; profesaban horror á las calles, y hasta afectaban un poco ese horror

jactándose de ahogarse en aquellas apreturas como águilas enjauladas, cuando ya muchos de sus compañeros perdían las horas en las mesillas de mármol jugando á los naipes el gasto. Los hábitos de la vida de provincia que arrastraba á los niños ya desde la primera edad, para triturarlos entre el engranaje de sus ruedas, la costumbre de pasarse las horas muertas en el casino, la lectura del diario deletreado hasta los anuncios, la partida de dominó continuada sin cesar, el mismo paseo á la misma hora en la misma calle, el embotamiento final que aplasta los cerebros, los indignaban, les arrancaban mil protestas y los empujaban á trepar por las colinas de los contornos buscando ignoradas soledades y recitando versos, azotados por la lluvia, sin acudir á techado por odio á las ciudades. Así, era uno de sus proyectos acampar á orillas del Viorne para vivir allí como salvajes, dándose el gustazo de un baño continuo, sin llevarse más que unos cinco ó seis libros, no más, que bastaban á sus necesidades. Hasta la mujer era excluída de sus reuniones; tenían ciertas timideces, cierta torpeza en su trato, que ellos erigían en austeridad propia de muchachos superiores. Durante dos años, Claudio se había consumido en amor por una oficiala de sombreros á quien acompañaba todas las tardes de lejos sin que se hubiese atrevido nunca á dirigirle la palabra. Sandoz se entretenía en soñar aventuras con damas encontradas en algún viaje, ó doncellas surgiendo de pronto en medio de un bosque ignorado, para ser suyas durante un día entero y desvanecerse luego como fantasmas á la caída de la tarde. Su única empresa amorosa les daba todavía risa cuando la recordaban; tan necia les parecía: había consistido en una serie de serenatas en honor de dos señoritas, durante la temporada que aprendían la música en el co-

legio: algunas noches perdidas debajo de una ventana entretenidos en tocar el clarinete y el cornetín, turbando la tranquilidad de los vecinos con horribles cacofonías hasta la memorable noche en que los padres ya cargados vaciaron sobre sus cabezas todas las jofainas de la familia.

¡Oh qué tiempazos aquellos! ¡Y qué risas mezcladas de cierta ternura al más leve recuerdo! Cabalmente colgaba de las paredes del taller una serie de esbozos, tomados del natural, en aquel rincón de mundo, durante un viaje reciente. ¡Como si tuviesen, en torno de ellos, los antiguos horizontes, el ardiente cielo azul sobre la blanca campiña! Allí se extendía una llanura aborregada con los grupos de los olivares tirando á gris hasta las rosadas siluetas de las lejanas colinas. Aquí, entre las requemadas vertientes, color de orín, la agotada corriente del Viorne se secaba al sol bajo el arco de un puente viejo, enharinado de polvo, sin otra verdura que unas cuantas matas muertas de sed. Más allá, la garganta de los Infernets mostraba su entreabierta hendidura entre las rocas desgajadas como heridas por el rayo: inmenso caos, desierto espantable, tendiendo á lo lejos su oleaje de piedra. Venían luego toda suerte de conocidos rincones: el valle de Repentance estrecho, unbrío, fresco como un ramillete en medio de los campos calcinados; el sotillo de Trois-Bous-Dieux, cuyos pinos de un verde fuerte y como de barniz, lloraban gotas de resina á los rayos del sol; el Jas de Bouffan, blanco como una mezquita, en el centro de sus vastas tierras semejantes á pantanos de sangre; y otras, y otras como rēcodos de caminos, deslumbradores, barrancos donde el calor era tan fuerte que parecía hacía sudar las tostadas piedras, y las lenguas de arena sedientas, sorbían gota á gota el agua

de la corriente; escondrijos de topo, senderos de cabra, cimas perdiéndose en el azul del cielo.

—¡Calle!—clamó Sandoz, volviéndose hacia un croquis,—¿de dónde es eso?

Claudio, indignado, blandió su paleta:

—¡Cómo!... ¿ya no te acuerdas? ¡Si estuvimos á punto de rompernos allí las costillas! ¿Te acuerdas del día en que trepamos con Dubuche del fondo de Jaumegarde? Era liso como la mano, y subimos agarrándonos hasta con las uñas; de forma que á lo mejor, y estando ya en medio, no pudimos bajar ni subir... Luego cuando llegamos arriba y tratamos de asar las chuletas, en poco estuvo que no nos pegáramos tú y yo.

En efecto, hizo memoria Sandoz del caso.

—¡Ah, sí! ¡ah, sí! Cada cual debía asar la suya sobre unas varillas de romero y como á mí se me quemaban, me exasperaste con tus guasas porque mi chuleta se iba carbonizando.

Reían como locos. El pintor volvió á su cuadro y resumió gravemente:

—Todo esto pasó, chico; aquí, hoy por hoy, no hay por dónde andar vagando.

Era verdad: desde que los tres inseparables habían realizado su sueño de reunirse en París, para conquistarle, la existencia se había convertido para ellos en tarea terrible y dura. No que no intentasen emprender de nuevo sus caminatas de antaño; algunos domingos se largaban á pie hasta la barrera de Fontainebleau, hasta los sotos de Verrières; llegaban á Bièvre, atravesaban los bosques de Bellevue y Meudon, y regresaban por Grenelle. Pero acusaban á París de entumecerles las piernas, y no se movían mucho de las aceras de la capital, entregados constantemente á su batalla.

La semana entera la pasaba Sandoz rabiando en las oficinas municipales del quinto distrito, en

un rincón oscuro del registro civil, clavado allí por amor á su madre á quien apenas podía mantener con sus ciento cincuenta francos de sueldo. Por su parte, Dubuche, ansioso de pagar á los suyos los intereses de la suma entregada á cuenta, iba buscando bajas ocupaciones en los despachos de los arquitectos, fuera de sus trabajos en la Escuela. En cuanto á Claudio, era libre, gracias á sus mil francos de renta; pero á fines del mes, ¡qué terribles apuros, sobre todo cuando comparaba con sus camaradas las últimas monedas de su bolsillo! Por fortuna, empezaba á vender un poco: algunos cuadritos que le pagaba á diez y á doce francos Malgrás, artuto comerciante, y, por otra parte, prefería morirse de hambre á acudir al comercio, á la fabricación de retratos de burgueses, santos de pacotilla, cortinas de restaurant y muestras de comadrona. A su regreso había alquilado un taller muy grande en el callejón de Bourdonnais, mas luego pasó al muelle Bourbon por economía. Vivía allí como un salvaje, sintiendo absoluto desdén por todo lo que no era la pintura, divorciado de su familia que le disgustaba, reñido con una tía suya, carnicera en el mercado, porque engordaba mucho; y guardaba sólo en su corazón la secreta llaga de la desdicha de su madre, que explotaban y empujaban al vicio callejero los hombres.

De pronto gritó á Sandoz:

—¡Ea! Si me hicieras el favor de no amodorrarte...

Pero Sandoz declaró que le daban calambres, y saltó del canapé para sacudir las piernas. Descanso de diez minutos. Hablaron de otra cosa. Claudio se mostraba complaciente. Cuando adelantaba en su trabajo solía enardecerse poco á poco y se ponía hablador, él, que pintaba apretando los dientes y rabiando á sangre fría, en

cuanto sentía escapársele la naturaleza. Así, apenas volvió su amigo á tomar la misma postura, continuó con inagotable charla sin perder una sola pincelada.

—Ea, chico; esto marcha. ¡Soberbia apostura la tuya! ¡Ah! ¡imbéciles! ¡si me rehusan ese, ya verás tú! Soy más severo con mis propias obras que ellos con las tuyas, de seguro. Cuando *me admito* un cuadro, sabes, ya puedes darle por mejor que si le hubiesen admitido todos los jurados de la tierra. El de los mercados, mis dos chiquillos sobre un montón de legumbres, lo eché á perder, lo conozco; por más que hacía, no acertaba; me había metido en la cabeza un empeño superior á mis fuerzas, una endiablada obra harto pesada para mis hombros. ¡Oh! ya volveré á la carga otro día, cuando sepa, y otras haré todavía; verás qué obrasas capaces de tirarles de espaldas.

Hizo un gesto soberbio como echando atrás á una multitud; vació un tubo de azul en su paleta, y luego sonrió con malicia preguntándose qué cara pondría delante de su pintura su primer maestro, el buen Belloque, viejo capitán manco que hacía cinco lustros enseñaba en una sala del Museo las lindezas del dibujo á los muchachos de Plassans. Por otra parte, en el mismo París, ¿no le había repetido mil veces Berthou, el célebre autor de *Nerón en el Circo*, cuyo estudio había frecuentado, que nunca haría nada? ¡Ah! ¡cuánto echaba de menos ahora aquellos seis meses de estúpidos tanteos y necios ejercicios bajo la férula de aquel buen hombre cuyo talento difería del suyo! Llegaba á declamar contra el estudio en el Louvre; decía que antes se cortaría la mano que echar á perder de nuevo su facultad de percepción con una de aquellas copias que

anublan para siempre la visión del mundo en que vivimos. ¿Por ventura en arte había más que dar lo que cada cual sentía? ¿había más que plantar delante una mujer que valiese la pena y pintarla como se sentía? ¿Acaso un manojito de zanahorias, sí, señor, un manojito de zanahorias, estudiado directamente, pintado espontáneamente con estilo personal y propio, no valía lo que esas empalagosas y soporíferas obras de la Escuela, pintura de zumo de chiquote, guisada vergonzosamente con recursos de receta? Se acercaba el día en que una sola zanahoria original haría una revolución. Por eso se limitaba ahora á pintar en el taller Boutin, taller libre que un antiguo modelo había establecido en la calle de la Huchette. Con sólo veinte francos al conserje tenía allí á su disposición modelos desnudos, hombres y mujeres, para entregarse á una orgía de color desde su rincón; se encarnizaba, se lo quitaba de sus gastos de comida y bebida, luchando sin descanso con la naturaleza, loco por trabajar, al lado de los peripuestos discípulos que hablaban con arrogancia de sus estudios, porque pasaban el tiempo copiando narices y bocas bajo la dirección del maestro.

—Oye lo que te digo, chico: cuando uno de esos monos sabios construya un torso como éste, que venga á decírmelo y hablaremos.

Con la punta del pincel indicaba una academia al óleo, colgada á la pared, cerca de la puerta. Era magnífica, ejecutada con el garbo de un maestro; junto á ella había también otros admirables estudios: unos pies de niña de una verdad y delicadeza exquisitas, un vientre de mujer, sobre todo, de una epidermis que parecía seda, y estremecida, viviente, con la sangre que corría bajo la piel. En sus raras horas de satisfacción, sentíase orgulloso de esos estudios, los únicos de

que estaba contento, y que anunciaban un gran pintor, admirablemente dotado, aunque detenido á lo mejor por súbita é inexplicable impotencia.

En esto prosiguió impetuoso, pintando á grandes brochazos el chaquetón de terciopelo, y aguijoneándose con su intransigencia, que no respetaba á nadie:

—Todos pintarrajadores de mamarrachos á dos cuartos, reputaciones usurpadas, imbéciles ó socarrones, de rodillas ante la necedad del público. Ni uno capaz de plantar un bofetón á los burgueses... Ahí tienes al buen viejo Ingrés: tú sabes si me revuelve el estómago con su pintura linfática. Con todo, para mí es un grande hombre, y le tengo por un valiente de marca, y me descubro delante de él, porque se reía de todo y tenía un dibujo de todos los demonios, que hizo tragar á los simples que hoy creen comprenderle... Después de éste, oyes, no hay más que dos: Delacroix y Courbet. Los demás no son nada. ¿Eh? El viejo león del romanticismo ¡qué soberbia factura! Ahí tienes un decorador que hacía llamear los colores! ¡Y qué puño! Ese hubiera pintado de arriba á abajo todas las paredes de París, si se lo hubiesen permitido; su paleta hervía y se desbordaba. ¡Pura fantasmagoría! ya lo sé, ¡mejor! eso me gusta, eso se necesitaba entonces para pegar fuego á la Escuela. Luego vino el otro, rudo obrero, el pintor verdaderamente pintor de este siglo y absolutamente clásico, lo cual no ha sabido comprender ninguno de esos estúpidos. ¡Qué modo de rebuznar, pidiendo socorro contra aquella profanación, contra el realismo, cuando el realismo casi no estaba más que en los asuntos, y en cambio el modo de ver era igual al de los antiguos maestros y la factura no hacía más que reproducir y continuar los más bellos fragmentos de nuestros museos. Tanto Delacroix como Cour-

bet llegaron á tiempo, y dieron cada cual su paso hacia adelante. Y ahora ¡oh! ahora...

Calló, se echó hacia atrás para juzgar el efecto, se ensimismó un minuto en la contemplación de su obra, y luego prosiguió:

—Ahora, hay que hacer otra cosa... ¿Qué? A punto fijo lo ignoro... ¡Ah! si yo supiera, si yo pudiera, sería todo un hombre. No habría otro como yo. Pero lo único que sé, es que la gran pintura ornamental romántica de Delacroix cruje y se derrumba, y la misma pintura negruzca de Courbet está inficionada por el vicio de pintar en el taller entre cuatro paredes mohosas y húmedas donde nunca entra el sol... ¿Comprendes? Quizás es necesario pintar el sol, el aire libre; una pintura clara y juvenil, las cosas y los seres tal como parecen á la luz real, en fin, no sé explicarme... la pintura de nuestros tiempos, la pintura que deben contemplar y alcanzar nuestros ojos actualmente.

De nuevo se apagaba su voz, balbuceaba, no acertaba con la fórmula para expresar el sordo brotar de lo porvenir que se le subía al cerebro. Nuevo y profundo silencio, mientras acababa de esbozar, temblando de emoción, la chaqueta de terciopelo.

Sandoz le había escuchado, sin dejar la postura. Y vuelto de espaldas, como si hablase á la pared, soñando, dijo lentamente:

—Esto, esto; no sabemos, y hay que saber... Yo, cada vez que un profesor ha querido imponerme una verdad, he sentido que mi ánimo se rebelaba desconfiado, pensando: «O se engaña ó me engaña.» Me exasperan sus principios; me parece que la verdad es más amplia, más general... ¡Oh, qué magnífica tarea! Consagrar la existencia entera á una sola obra, intentando meter en ella las cosas, los animales, los hombres, el

arca inmensa. Pero no siguiendo la pauta de los manuales de filosofía, y según la gerarquía estúpida que halaga nuestro orgullo, sino en la plena corriente de la vida universal; mundo en que sólo figuraríamos como un accidente, y en el cual, el perro que pasa, y hasta la piedra de nuestros caminos nos completarían, explicarían nuestra existencia; en una palabra, el gran todo, sin relación de arriba y abajo, ni sucio, ni limpio, tal como funciona... No cabe duda; hoy la única fuente posible es la ciencia; á ella deben dirigirse los poetas y los novelistas. ¡Pero ahí está el quid!... ¿qué hemos de tomarla? ¿cómo hemos de arreglarnos con ella? Al llegar aquí, comprendo que chapoteo. ¡Ah, si yo supiera, si yo supiera... qué serie de libros raros arrojaría á las narices de la multitud!

Calló á su vez. El invierno pasado había publicado su primera obra: una colección de croquis agradables, traídos de Plassans, entre los cuales sólo había algunas notas más rudas que revelaran en el autor al revolucionario, al apasionado por la verdad y el empuje poderoso. Desde entonces iba tanteando, interrogándose á sí mismo, atormentado por mil ideas confusas que le golpeaban el cráneo. Primero, enamorado de las empresas gigantescas, había concebido el proyecto de un génesis del universo, en tres fases: la creación, descrita según la ciencia; la historia de la humanidad, llegada en el momento oportuno á representar su papel, en la cadena de los seres; el porvenir, la eterna sucesión de los seres, rematando la obra de la creación por el trabajo infinito de la vida. Pero ante las hipótesis harto aventuradas de este tercer periodo, se había enfriado su entusiasmo, y andaba buscando un marco más limitado, más humano, donde se prometía, no obstante, embutir su vasta ambición.

—¡Ah! ¡verlo todo, pintarlo todo!—prosiguió Claudio tras larga pausa.—Poseer unas cuantas leguas de pared donde pintar; decorar los cuarteles, los mercados, las oficinas del municipio, cuanto se construya con el tiempo, el día que los arquitectos no sean unos imbéciles. Y no creas, bastará tener sólidos músculos y buena cabeza, porque no faltarán asuntos, ¿eh? La vida tal como la vemos en las calles; la vida de los pobres y los ricos, en las tiendas, en las carreras de caballos, en los bulevares, en el fondo de las callejas populosas; todos los oficios en acción repicando á vuelo; todas las pasiones, en pie, á la luz del sol; los labriegos, las bestias, el campo... Ya verán, ya verán, si no soy un estúpido... Me hormiguea en los dedos ¡sí! toda la vida moderna! ¡Unos frescos altos como el Panteón! Una serie de cuadros capaces de hacer volar en pedazos el Louvre.

En cuanto se hallaban juntos el pintor y el escritor, solían exaltarse hasta ese punto. Se aguijoneaban mutuamente, se enloquecían con tales proyectos de gloria; tales vuelos juveniles, tal pasión de trabajar sentían, que ellos mismos sonreían ante sus ensueños de orgullo, reanimados, reconfortados y más ágiles.

Claudio, que en aquel instante retrocedía hasta la pared, se apoyó en ella desfalleciendo. Entonces Sandoz, fatigado de la postura, se levantó del sofá y fué á colocarse junto á su amigo. Así contemplaron el cuadro en silencio. La figura del chaquetón estaba enteramente esbozada; la mano, con más relieve que el resto, hacía resaltar en la yerba una nota muy interesante, de grata frescura de tono, y la mancha oscura del torso adquiriría tan vigoroso relieve, que las pequeñas siluetas de último término, las dos mujeres retozando al sol, parecía que se habían retirado sumi-

das en la luminosa vibración del raso del fondo, mientras por otra parte la gran figura, la mujer desnuda y tendida en el suelo, apenas indicada, flotaba como en la bruma de un sueño, Eva deseada, surgiendo de la tierra, sonriente, sin pupilas, cerrados los párpados.

—Y en definitiva, ¿qué título le pones?—preguntó Sandoz.

—*Plein air*—respondió Claudio en seco.

Pero semejante título pareció demasiado técnico al escritor que, á despecho suyo, sentía tentaciones de introducir la literatura en la pintura.

—¡*Plein air*! Esto no significa nada.

—¿Y por ventura hay necesidad de que signifique algo? Unas mujeres y un hombre que descansan en un bosque, tomando el sol. ¿No basta eso? Vaya; basta y sobra para hacer una obra maestra.

Echó atrás la cabeza, y añadió entre dientes:

—¡Voto á!... ¡Es demasiado negro todavía! Conservo todavía en los ojos la expresión de ese demonio de Delacroix... y esta mano... mira... esta mano es de Courbet... ¡Ah! todos nos hemos remojado en la salsa romántica. En los primeros años hemos chapoteado en ella, y estamos embarrados hasta la barba! ¡Qué colada necesitamos!

Sandoz se encogió de hombros con desesperación; también por su parte se lamentaba de haber nacido en la confluencia de Hugo y de Balzac. A pesar de esto, Claudio estaba satisfecho, se sentía excitado con la impresión agradable del que ha aprovechado el tiempo. Si su amigo podía concederle dos ó tres domingos como aquel, sin duda acertaría resueltamente con lo que deseaba. Por entonces, bastante había hecho. Ambos empezaron á bromear, porque generalmente mataba á sus modelos; no los soltaba hasta rendirlos de fatiga. El mismo aguardaba el momento en que

ya no podía más, doblándosele las piernas y el estómago vacío. Dieron las cinco en el reloj y se arrojó sobre un mendrugo que había quedado y lo devoró. Extenuado, partíalo con dedos temblorosos, lo mascaba apenas, volvía á su cuadro, preocupado otra vez con sus pensamientos, sin saber siquiera que estaba comiendo.

—¡Las cinco!—dijo Sandoz, que se desesperaba estirando los brazos.—Vamos á comer... A buena hora; ahí tienes á Dubuche.

Llamaron, y entró Dubuche. Era un muchacho grueso y moreno, de facciones correctas pero abultadas, el pelo al rape, y el bigote fuerte. Repartió algunos apretones de manos y se detuvo como desconcertado delante de la tela. En el fondo le contrariaba aquella pintura desordenada, chocaba con su naturaleza equilibrada y su respeto de buen discípulo á las fórmulas establecidas; sólo su antigua amistad oponía silencio á sus críticas. Pero esta vez, por lo visto, todo su sér se rebelaba.

—Veamos, ¿qué dices? ¿no te parece bien?—preguntó Sandoz que le estaba atisbando.

—Sí, sí, ¡oh! muy bien pintado... Sólo que...

—Anda, desembucha... ¿qué te choca?

—Sólo que... ese fulano vestido, aquí, entre estas mujeres desnudas... eso no se ha visto nunca.

De un sólo golpe prorrumpieron ambos en protestas. ¿No había en el Louvre cien cuadros compuestos del mismo modo? ¡Y aunque no se hubiese visto nunca!... Ahora se vería. ¡Vaya el caso que hacían ellos del público!

Sin perturbarse por la violencia de las respuestas, Dubuche repitió tranquilamente:

—El público no lo comprenderá... El público dirá que esto es obsceno... sí, obsceno.

—¡Animal!—clamó Claudio exasperado.—¡Có-

mo te vuelven estúpido en la Escuela; antes no eras tan bestia!

¡Chanza habitual de los dos amigos desde que el otro seguía la carrera en la Escuela! Batióse entonces en retirada, algo alarmado del sesgo violento que tomaba la discusión, y escurrióse sacudiendo el polvo á los pintores. Tenían razón; los pintores eran todos unos animales, los de la Escuela; pero, tratándose de los arquitectos, ya era otra cosa. ¿Dónde querían que estudiara, si no tenía otro remedio que apechugar con aquella enseñanza? Lo cual no había de ser obstáculo á que más tarde tuviese ideas propias; y blasonó de revolucionario.

—Bueno—dijo Sandoz,—puesto que te excusas, vamos á comer.

Pero, en esto, Claudio, había tomado de nuevo un pincel maquinalmente, y otra vez se ponía á trabajar. Ahora, junto al fulano del chaquetón, la figura de la mujer no se sostenía. Nervioso, impaciente, la tachaba de una pincelada, con cierta y vigorosa mano, para colocarla en el término que debía ocupar.

—¿Te vienes?—repitió su amigo.

—¡Voy!... ¡diantre!... no tenemos prisa. Déjame apuntar esto y soy con vosotros.

Sandoz movió la cabeza: luego añadió suavemente, temeroso de exasperarle más:

—Chico, haces mal en empeñarte... Estás ya fatigado y muerto de hambre, y echarás á perder lo que has hecho, como el otro día.

Con ademán irritado, Claudio le interrumpió.

Lo de siempre: no sabía dejar á tiempo la tarea, se emborrachaba trabajando, ansioso de poseer la inmediata seguridad de que acertaba, y que por fin alcanzaba salir adelante con su obra maestra. En medio de su satisfacción por haber aprovechado el rato, le asaltaban y desesperaban

algunas dudas: ¿había acertado comunicando tal vigor á la mancha del chaquetón? ¿volvería á dar con la nota brillante que soñó para la figura desnuda? Antes muerto que irse sin averiguarlo inmediatamente. Sacó febril la cabeza de Cristina de la cartera en que la escondió, y se puso á comparar, ayudándose de aquel documento tomado del natural.

—¡Calle!—dijo de pronto Dubuche,—¿de dónde has sacado esto? ¿Quién es?

Claudio, sobrecogido por aquella pregunta, no contestó; luego, sin pensarlo siquiera, él, que todo se lo decía, mintió de pronto, cediendo á singular pudor, al delicado sentimiento de guardar para él solo la aventura de aquella noche.

—Dí, ¿quién es?

—Nadie... una modelo.

—Realmente, una modelo... Muy joven ¿verdad? Es guapa. Debieras darme las señas, no para mí... para un escultor que anda buscando una Psiquis. ¿Tienes las señas?

Y Dubuche se había vuelto hacia un trozo de pared gris, cubierta de señas de modelo de arriba á abajo, escritas con lápiz en todas direcciones. Las mujeres sobre todo dejaban allí su tarjeta en letras muy gordas, trazadas con mano infantil. Zoé Piedefer, calle de Campagne-première, 7, (una morena de vientre hundido) partía por la mitad el nombre de Flora Beauchamp, calle de Laval, 32, y el de Judith Vaquez, calle du Rocher, 69, una judía; una y otra muy frescotas, pero delgadas.

—Dí, ¿tienes las señas?

Entonces Claudio dijo enfadado:

—¡Eh! déjame en paz. ¿Qué sé yo?... Qué cócora estás... siempre empeñados en distraerme cuando trabajo.

Sandoz no había dicho una palabra, sorprendido

primero, pero sonriente al cabo. Más ladino que Dubuche, le hizo un signo de inteligencia y ambos lo echaron á broma. «Usted nos dispense; puesto que don Claudio la guardaba para su uso particular, no era cosa de pedir que se la prestara. ¡Miren el calavera! ¡pues no se permitía tener querida! ¿De dónde la había sacado? ¿De algún baile de Montmartre ó de las aceras de la plaza Maubert?»

Más molestado que nunca, el pintor se rebullía:

—¿Qué tontos estáis?... ¿Si supierais qué tontos estáis?... Vaya; basta; me dáis pena.

Dijo esto con voz tan conmovida, que los otros dos se callaron inmediatamente, y él, después de haber rascado la cabeza de la figura desnuda, volvió á dibujarla, copiando la de Cristina con mano febril pero insegura y á tientas. Luego se puso á hacer lo propio con la garganta, apenas apuntada en el croquis. Crecía su excitación, á impulsos de su pasión de hombre casto por la mujer, loco amor al desnudo soñado y jamás poseído, impotencia que se complacía en crear tantos hechizos como hubiese querido abrazar con delirantes abrazos. Aquellas mujeres que echaba de su taller, las adoraba en sus cuadros, las acariciaba, forzaba la nota hasta llorar de desesperación viendo que no podía hacerlas tan hermosas y vivientes como era su deseo.

—Sólo diez minutos... ¿eh?—repetía,—Apunto los hombros para mañana y salimos.

Sandoz y Dubuche, convencidos de que era imposible impedir que se matase, se resignaron. El último sacó su pipa, y se acomodó en el sofá; era el único que fumaba; los otros dos no se habían podido acostumar al tabaco, siempre amenazados de que les diera náuseas un cigarro algo fuerte. Luego, en cuanto estuvo recostado, perdida la mirada en las bocanadas de humo, se

puso á hablar de sí mismo largamente con monótonas frases. ¡Demonio de París, y lo que había que sudar para obtener una posición! Recordaba sus quince meses de aprendizaje, en casa de su maestro, el célebre Dequersonnière, que allá en sus tiempos obtuvo el primer premio, y hoy día era arquitecto municipal, condecorado con la legión de honor, individuo de número del Instituto, y cuya obra maestra, la iglesia de San Mateo, era algo como un molde de yeso y reloj de mesa del tiempo del Imperio. En el fondo, un buen señor que se reía de todo, no sin participar del respeto á las rancias fórmulas clásicas. Por otra parte, sin la ayuda de los compañeros, poco hubiera aprendido en su estudio de la calle de Four, á donde iba tres veces por semana el maestro, de paso, corriendo: ¡vaya unos calaveras sus condiscípulos! cara le habían hecho pagar la novatada, pero al menos le habían enseñado á encajar un bastidor y á dibujar y pintar al lavado un proyecto. ¡Cuántas veces se había desayunado con un simple chocolate y un panecillo para poder entregar sus veinticinco francos al conserje! ¡Cuántas hojas de papel garrapateadas penosamente! ¡Cuántas horas pasadas en su casa sobre los libros antes de osar presentarse á exámenes de ingreso en la Escuela! Después de lo cual en poco estuvo que no lo reprobaran, á pesar de sus laboriosos esfuerzos. No tenía imaginación; sus dibujos y memorias, una cariatide y un comedor bastante medianos, le colocaron en el último lugar. Bien es verdad que se había rehabilitado en el ejercicio oral con sus logaritmos, sus planos de geometría y el examen de historia, porque estaba muy impuesto en la parte científica. Pero ahora que había entrado ya en la Escuela, como alumno de segundo año, tenía que echar los bofes para alcanzar su diploma de primera

clase. ¡Qué vida tan perra! Era cosa de no acabar nunca.

Colocó las piernas en alto sobre los almohadones, chupó con más fuerza el cigarro, con regularidad:

—Curso de perspectiva, curso de geometría descriptiva, estereotomía, construcción, historia del arte ¡ah! y no hay que ensuciar poco papel y tomar pocas notas. Con más: concurso de arquitectura mensual: unas veces un esbozo, otras un proyecto. No puede uno divertirse mucho, si se quiere salir airoso de los exámenes y alcanzar las menciones necesarias, sobre todo cuando hay que ganarse la vida, además de este trabajo. Lo que es yo estoy reventado.

Se cayó una almohada y la levantó con ambos pies.

—A pesar de todo, tengo suerte. Tantos compañeros míos intentan sobresalir, ¡sin lograr nada! Anteayer, sin ir más lejos, me encontré con un arquitecto que trabaja para un gran asentista... no es posible formarse idea de tanta ignorancia; es un aprendiz de albañil, incapaz de hacer un calco; me da una peseta por hora para que le ponga en pie sus casas... No viene mal. Mi madre me dijo el otro día que no tenía un cuarto... ¡Pobre madre! ¡cuánto dinero le debo!

Como Dubuche hablaba evidentemente para sí, mascando sus cotidianas cavilaciones, la preocupación continua de enriquecerse prontamente, Sandoz no se daba la pena de atenderle. Había abierto la ventana y sentádose al nivel de la techumbre, molestando á la larga por el calor que hacía en el taller. De pronto interrumpió al arquitecto:

—Dí, ¿vas á comer con nosotros el jueves?... Estarán todos: Fagerolles, Mahoudeau, Jory, Gagnière.

Todos los jueves se reunía en casa Sandoz la

peña, los compañeros de Plassans, otros conocidos en París, todos revolucionarios y animados de la misma pasión por el arte.

—El jueves próximo, me parece que no—dijo Dubuche.—He de ir á una tertulia donde se baila.

—¿Vas á ver si pescas una buena dote?

—¡No sería gran necedad!

Sacudió la pipa en la palma de la mano izquierda para vaciarla, y exclamó súbitamente:

—¡Hombre... á propósito!... He tenido carta de Pouillaud.

—¿También tú?... ¡Ya se acabó todo para él! Ese es hombre al agua.

—¿Por qué? Heredará á su padre y se comerá tan tranquilo la herencia, en aquel rincón de mundo. Su carta es muy juiciosa; siempre dije que nos daría á todos una leccioncilla con su facha de guasón... ¡Vaya con ese animal de Pouillaud!

Sandoz iba á replicar, furioso, cuando los interrumpió Claudio echando un voto de desesperación. Desde que se había obstinado en trabajar de nuevo, no dejó de apretar los dientes y continuó sin pírlos al parecer:

—Voto á... ¡Otra vez echado á perder!... Decididamente, soy un animal; no haré nada nunca.

Y arrebatado de cólera, loco, intentó arrojarle sobre el cuadro para reventarlo de un puñetazo. ¡Sus amigos le detuvieron!... Vamos, calma; parecía un niño, ¿á qué tal rabieta? lo que adelantaría con dar lugar al mortal remordimiento de haber echado á perder su obra. Pero él, temblando aún, mudo otra vez, miraba el cuadro sin contestar una sola palabra, con mirada chispeante y fija, en que ardía la horrible tortura de su impotencia. Nada claro, nada viviente acudía á sus dedos; la garganta de la mujer se le empastelaba con tonos pesados; ensuciaba aquel dorado, cutis

que él soñaba brillante; ni siquiera conseguía ponerla en el término correspondiente. ¿Qué tenía en la cabeza para sentir cómo se partía su cráneo con aquel inútil esfuerzo? ¿Sería alguna lesión en el órgano de la vista que le impedía ver bien? ¿Cesaba de ser dueño de sus manos, puesto que se empeñaban en no obedecerle? Cada vez se enfurecía más, irritado contra aquella ignorada enfermedad hereditaria, que á veces le facilitaba la tarea de crear y otras le embrutecía y le condenaba á la esterilidad, hasta el punto de olvidar las primeras nociones del dibujo. ¡Sentirse de tal modo atormentado, sentir las náuseas del vértigo y permanecer clavado allí con el ansia de crear, mientras en torno, todo se desvanece, todo se derrumba, el orgullo de trabajar, la gloria soñada, la existencia entera!

—Oye, chico—repuso Sandoz,—no quisiera decirte; pero son las seis y media y nos estás matando de hambre... Juicio; vamos.

Claudio limpiaba un extremo de su paleta y vaciaba en ella nuevos tubos, y respondió con una sola palabra, con voz tonante:

—¡No!

Durante cinco minutos nadie dijo esta boca es mía; el pintor, fuera de sí, se batía con el cuadro; los otros dos amigos seguían turbados y de mal humor, en vista de aquella crisis, que no sabían cómo calmar.

En esto llamaron súbitamente á la puerta y el arquitecto fué á abrir:

—¡Hola!... el buen Malgrás.

El comerciante en cuadros era un hombre gordo, envuelto en un viejo levitón verde, muy sucio; parecía un cochero de plaza mal vestido, el pelo blanco cortado al rape y su rubicunda faz con manchas violáceas. Con voz aguardentosa, dijo:

—Pasaba casualmente por el muelle, por la otra

acera... He visto al señor á la ventana y he subido...

Calló, viendo que nada contestaba el pintor, que había vuelto á su cuadro con gesto de impaciencia. Por lo demás, no se perturbó en lo más mínimo, muy á sus anchas y plantado en pie resueltamente, escudriñando la tela con sus ojos con pintas de sangre. Juzgólo desde luego sin empacho, con una sola frase entre cariñosa é irónica:

—¡Vaya un cuadrazo!

Y como nadie dijera una palabra, se paseó tranquilamente, dando pasitos por el taller, recorriendo las paredes.

Bajo su espesa capa de mugre, el buen hombre era un tunante muy agudo, y de gran olfato y buen gusto para conocer á la legua la buena pintura. Nunca se extraviaban sus pasos en busca de los pintarrajadores mediocres; por instinto iba derecho al encuentro de los artistas que tenían personalidad propia, aunque fueran todavía discutidos, cuyo porvenir olfateaba de lejos con su rojizo narigón de borracho. Además de esto, era feroz en su regateo, con salvaje astucia para cargar por poco dinero con la tela que más codiciaba. Fuera de esto, se contentaba con un beneficio de hombre bonachón, un veinte, un treinta por ciento todo lo más, puesto que basaba el negocio en el rápido giro de su pequeño capital, y no compraba nunca sin saber antes á quién vendería á la tarde lo adquirido por la mañana. Por lo demás, mentía admirablemente.

Plantado junto á la puerta, ante las academias, pintadas en el taller Boutin, las contempló algunos minutos en silencio, reluciéndole los ojos de gusto, como buen conocedor, pero cuidando de apagar sus fulgores bajo los pesados párpados. ¡Qué talento, qué sentimiento de la vida tenía

aquel chiflado que perdía el tiempo en cuadros gigantescos que nadie quería! ¡Las lindas piernas de la niña, el admirable vientre de la mujer, sobre todo, le embelesaban! Pero aquello no le parecía vendible; su elección estaba hecha; afectando no verlo, se había fijado en un bosquejo, un rinconcillo de la campiña de Plassans, fogoso y delicado. Por fin se acercó, y dijo con negligencia:

—¿Qué es eso? ¡Ah!... ya veo... uno de sus asuntos del Mediodía... Demasiado crudo... aún me quedan los dos que le compré.

Y continuó con flojedad y frases interminables:

—Usted tal vez no querrá creermé, señor Lan-tier, pero... esto no se vende nada, lo que se dice nada. Atestada tengo de esos cuadros una habitación... temiendo estoy á cada paso, en cuanto me vuelvo, echar á perder alguno... No puedo continuar así, palabra; me veré forzado á liquidar, y acabaré en el hospital... Usted me conoce á fondo, ¿verdad? ya sabe usted que tengo un corazón más grande que mi bolsillo, y sólo deseo obligar á los jóvenes de talento como usted... Porque usted tiene talento; no ceso de decírselo á gritos... Pero ¿qué quiere usted? No pican el anzuelo.

Se fingía conmovido, luego, como hombre que cede á un arrebató de locura:

—En fin; no habré venido en balde... ¿Qué pide usted por este capricho?

Claudio pintaba con estremecimientos nerviosos. Secamente, sin volver la cabeza, contestó:

—Veinte francos.

—¿Cómo, veinte francos?... ¿Está usted loco?... ¡Los otros me los dió usted por diez francos uno!... Hoy no daré más que ocho francos, ni un cuarto más.

Por lo común, el pintor cedía inmediatamente, avergonzado y cargado de aquellas disputas miserables, satisfecho en el fondo de dar con aquel poco dinero. Pero, en aquella ocasión, se emperró en no ceder, y se puso á insultar en sus propias barbas al comerciante, que á su vez le tuteó, le negó su talento, le llenó de invectivas y le trató de hijo ingrato. Acabó el hombre por sacar de su bolsillo, una á una, tres monedas de á cinco francos, y las echó á distancia, como guijarros, sobre la mesa, sonantes entre los platos.

—Una, dos, tres... Ni una más, ¿oyes?... Ya te doy una más, que has de devolverme, y que descontaremos otra vez, ¡palabra! ¿Quince francos, eso?... ¡ah, cómo yerras!... ¡Vaya una partida!... ¡te arrepentirás de ella algún día!

Extenuado, Claudio dejó que descolgara el cuadro, que desapareció, como por encanto, bajo el gran levitón verde. ¿Se lo había metido en el fondo de algún bolsillo especial? ¿dormía bajo el forro? Ningún bulto lo indicaba.

Una vez dado el golpe, el buen Malgrás se dirigió hacia la puerta, calmado en un abrir y cerrar de ojos. Pero volvió, para decir con aire bonachón:

—¡Ah!... oiga usted, Lantier; necesito una langosta... ¿eh?... Después de haberme desplumado de ese modo, me la debe usted... Ya le traeré yo mismo la langosta; me pintará usted una naturaleza muerta, y luego puede usted quedarse con ella en pago, y comérsela con los amigos... Convenido, ¿verdad?...

Al oír esta proposición, Sandoz y Dubuche, que hasta entonces habían estado escuchando con curiosidad, se echaron á reír de tanta gana, que el mismo Malgrás se puso también risueño. Esos pintores ¡animales! no servían para nada, se morían de hambre, ¿Qué sería de ellos ¡los muy

holgazanes! si el buen Malgrás no les trajera de cuando en cuando alguna buena pierna de carnero, un mero ó una langosta aderezada con perejil?

—Cuento con mi langosta; ¿verdad, Lantier?... Gracias.

De nuevo se detuvo ante el esbozo del gran cuadro, sonriendo entre admirado é irónico:

—¡Vaya un cuadro!

Claudio quiso otra vez coger la paleta y los pinceles. Pero le flaquearon las piernas, le cayeron los brazos entumecidos como atados al cuerpo por una fuerza superior. En medio del triste silencio que volvió á reinar, tras el barullo de la disputa, se tambaleaba, ciego, distraído, delante de su informe obra:

—¡Ah!... no puedo más... no puedo más... Ese animal me aplastó.

Daban las siete en el reloj; llevaba ocho horas largas de trabajar, sin haber comido más que un mendrugo de pan, sin descansar un minuto, en pie, agitado, febril. En esto se ponía el sol, y empezaba á ensombrecerse el taller. Aquella puesta en tal lugar, se revestía de cierta tristeza espantosa. Cuando tras una crisis de trabajo como aquella, la luz se retiraba, parecía que el sol no había de volver jamás, llevándose consigo la vida, la alegría de los colores.

—Vamos—dijo suplicante Sandoz, con el enternecimiento del cariño fraternal;—vamos, chico.

El mismo Dubuche añadió:

—Mañana verás más claro. Vamos á comer.

Claudio rehusó ceder un instante; clavado en su sitio, sordo al amistoso consejo, huraño, testarudo. ¿Qué intentaba hacer, cuando se le caía el pincel de sus engarabados dedos? Lo ignoraba; pero era vana su impotencia; se sentía arrebatado del furioso deseo de poder, y crear á des-

pecho de todo. Aunque nada hiciera, permanecería en su sitio; no había de constar que lo abandonaba. Tras de lo cual, se decidió; estremecióse todo su cuerpo, como sacudido por un fuerte sollozo. Empuñó un cuchillo de ancha hoja, y se puso á rascar de un solo golpe, lenta, profundamente, la cabeza y la garganta de la mujer. Fué aquello como si realmente cometiera un asesinato de verdad, como si la aplastara; todo desapareció trocado en fangosa pasta. Entonces, junto al fulano con el chaquetón, de vigoroso color, entre los brillantes tonos de un verde subido, en medio de los cuales retozaban las dos luchadoras, con alegres notas, pareció tan sólo el tronco mutilado de la mujer desnuda, sin cabeza y sin pechos, vago manchón de cadáver, carne de ensueño evaporada, muerta.

Sandoz y Dubuche bajaban ruidosamente la escalera de madera. Y Claudio los siguió, con la horrible tortura de dejarla así acuchillada, con una llaga entreabierta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL
"ALFONSO MARTEL"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

III

En los dos primeros días de la semana, Claudio estuvo desconcertado. Había caído otra vez en aquellas dudas que le hacían execrar la pintura, con execración de amante engañado, que

llena de insultos á la infiel, torturado, sin embargo, por el deseo de seguir adorándola; pero, el jueves, después de haber pasado tres días espantosos luchando vanamente y solo, salió á las ocho de la mañana, cerró con violencia la puerta tan disgustado de sí mismo, que se juraba no tocar un pincel en su vida. Cuando le trastornaba y desquiciaba una de aquellas crisis, sólo un remedio le quedaba: distraerse, largarse á disputar con los amigos, andar sobre todo, andar por París, hasta que el calor y el olor de la batalla que exhalaba el piso de las calles, volvieran á entonar su ánimo.

Aquel día, como todos los jueves, comía en casa de Sandoz donde había reunión. La idea de quedarse solo, devorándose á sí mismo, le desesperaba. Hubiera corrido directamente á casa de su amigo, á no haber dado en que éste se encontraría en su oficina. Luego se le ocurrió ir á ver á Dubuche, pero vaciló, porque su antigua amistad se iba enfriando de algún tiempo á esta parte. No sentía entre ambos la fraternidad de las horas de exaltación nerviosa; entreveía su falta de inteligencia sordamente hostil, y su diversidad de ambiciones. Sin embargo, decidióse á visitarle, y se encaminó á la calle Jacob, donde el arquitecto habitaba un mezquino cuarto en el piso sexto de una fría casa muy grande.

Llegaba Claudio al segundo, cuando la portera, llamándole, le gritó con agrio tono que Dubuche no estaba, y que no había ido á casa la noche precedente. Con paso lento bajó otra vez á la calle, estupefacto ante tan extraordinaria ocurrencia: una escapatoria de Dubuche. ¡Inverosímil mala suerte! Así vagó un momento sin objeto alguno, abrumado por aquel último golpe. Mas al desembocar en la calle del Sena, sin saber hacia dónde ir, acordóse repentinamente de lo